

PRESENCIAS DE OCTAVIO CUELLAR.

ubano, nacido en Checoslovaquia, “parte del surrealismo cubano” asegura él. Nació hace 36 años, bajo el signo de Géminis, lo que quizá justifique su quehacer dual, entre lo místico y la carcajada. Octavio Cuellar, quien estudió dibujo y escultura en la Academia San Alejandro de La Habana y cuenta con varias exposiciones en Cuba y España es, sin lugar a dudas, un escultor con una muy buena técnica, que tiene cosas que decir y las dice bien.

Dejemos que sea el mismo Cuellar quien nos explique sus porqué: *"Ya Henry Moore existió, los impresionistas existieron, la Monalisa ya fue pintada; por lo tanto, hay que buscar otros caminos. Elijo, entonces, trabajar en el límite de la sugerencia. Mezclé un poco de mi vida personal y un poco mi vida intelectual para alcanzar mis objetivos. Yo no buscaba lo original, sino lo personal, lo que esta dentro de mi y cada persona, su vida interior. La escultura que yo hago esta bastante mezclada con la poesía, poesía gráfica ¿no?. Y pretendo, además, un rejuego del pasado con el presente y el futuro. Dentro de esto, las cosas que están vivas no existen y, en cambio, las cosas inertes son las que están".*

¿De que nos habla Cuellar?. De una interpenetración de planos y de tiempos, la “*mall*” de la cosmogonía hindú, dimensiones y planos que conviven en un espacio, sin que exista entre ellos una sincronía molecular, lo cual permite la convivencia, la simultaneidad, sin que los elementos o las presencias se encimen, o siquiera logren percibirse entre sí. “Por ejemplo, -dice Octavio Cuellar- *la dama de la maleta no existe, no esta, y sin embargo se asusta de la rana, que esta sobre la maleta, que tiene una existencia muy real*”.

Independientemente de la explicación verbal del escultor, la obra de Cuellar puede ser paladeada y reinterpretada desde la conceptualización de cada espectador. La figura humana, siempre presente en la temática escultórica, ha sido manejada en todos los formatos, desde la mini hasta la macro escultura, de lo cual es buena muestra “La Giganta”, de José Luis Cuevas. Figura humanas vestidas o desnudas, pueblan la historia de la escultura. Pero, ¿vestidos sin cuerpos?. ¿Ausencias que la vestimenta convierte en presencias?. Quizá alguno de nuestros lectores pueda señalarme algún ejemplo anterior, yo no las conozco. Encuentro en la obra una insinuación del individuo despersonalizado, casi etéreo, o del ser humano tan mínimo, tan común que sólo se hace visible por la forma en que esta ataviado.

Cuellar busca la intemporalidad, sin embargo, sus figuras pertenecen a épocas específicas, ya que nada define más una época que la moda. Tomemos como ejemplo “La Viajera”, fotografiada en uno de los antiguos hoteles de la Habana Vieja. Escultura narrativa, que nos pone frente a una mujer elegante y solitaria, que abandona el hotel, quizá para proseguir un imaginario viaje, en las postrimerías del siglo XIX, de la misma forma que los fantasmales músicos, forman parte de una orquesta de jazz, de los años 40 en Nueva Orleans, o que la pareja bajo la lluvia: sombrilla, ropas y capa de agua, se sitúa en nuestra época. Todo un juego, logrado mediante la expresión de la vestimenta y la actitud de los personajes. En este caso, sí podríamos decir que: “el hábito hace al monje”, contemplando al personaje religioso que se exhibe en el Convento de San Francisco, en Cuba.

Siendo muy diferentes en expresión y factura, encuentro un paralelo entre Botero y Cuellar; paralelo establecido por el innegable sentido del humor de ambos artista. Nunca más de manifiesto, en Cuellar, que en el grupo escultórico de pequeño formato “Made in Hades”, donde juega con las almas del inframundo de la mitología griega, para convertirlas en productos de exportación que pueden aparecer en cualquier puerto, o en la sala de su casa, recién desempacadas o, a medio desempacar. Humor que sin embargo no llega a teñir toda su obra que, en muchos casos, posee un inobjetable misticismo, como en “Reunión Espiritual”, o en “Retorno”.

En cuanto a la factura, las obras, aún las de tamaño natural, están realizadas en delgada lámina de cobre, que Cuellar corta, trabaja y une a la manera de un sastre, para obtener los volúmenes que crean la ilusión más que convincente del cuerpo que habita los ropajes.

Bien vale la pena señalar el equilibrio logrado en los objetos que parecen casi flotantes, como los sombreros que cubrirían las ausentes cabezas de sus personajes, mediante elementos tan sutiles como un listón, un lazo, un breve contacto con el saxofón o la trompeta. Igualmente interesante, el manejo del detalle, como el título del libro “Los Miserables” que lee el monje franciscano, tallado en la lámina misma. Reconoce Cuellar que el uso de la lámina de cobre como su medio de expresión le fue dictado por la falta de materiales disponibles en Cuba.

Será interesante observar cómo este joven artista va incorporando nuevos materiales, o encontrando nuevas formas de expresión dentro de la amplia gama que ahora se ofrece a su creatividad.

Ampliamente reconocido en su país de origen y en cierta medida en España, donde el Hotel Andalucía Plaza, en Marbella, exhibe en forma permanente algunas de sus obras, seguramente encontrará en México una calurosa bienvenida, justo tributo a su calidad de escultor.

Gabriela Dumay.

Crítico de arte y jefa de redacción¹.

¹ Revista **Artes&arteS**, publicación mexicana de cultura, No 9, año 3, septiembre / diciembre 2000, pp. 31-33. México, D.F..